



XIV.

EN INGLATERRA Y EN FLANDES.

1601-1607.

Jornada de Irlanda.—Desembarco, batalla y capitulación.—Nuevo asiento para la invasión de Inglaterra.—Travesías de Spínola.—Combates.—Muerte heroica.—Paz con Inglaterra.—Pérdida de las galeras de Flandes.—Proyectos reformistas.—Generales con mando.—Fuerzas de los holandeses.—Creación del Almirantazgo de Flandes.—Combate en el Canal.—Muerte de Zubiaur.—Bloqueo de la costa de España.—Fajardo derrota al enemigo sobre el cabo de San Vicente.—Escuadra del estrecho de Gibraltar.—Presas que hace.—Combátenla los holandeses en el puerto y la destruyen.—Crueldad con los prisioneros.—Quedan dueños del mar.—Gestión del Duque de Medina-Sidonia.



REFIERE el apologético y enrevesado historiador, cuya obra se atribuye diversamente á Bernabé de Vivanco y á Matías de Novoa, al empezar las memorias del tiempo, que la reina Isabel de Inglaterra, anciana y apretada gravemente de la melancolía, desmayaba en la expedición de corsarios, amedrentándola tantas armadas como oía decir que iban sobre sus costas, que, si bien las tormentas de aquel canal no las habían dejado surtir efecto, temía que alguna vez de tal manera se medirían los nortes con nuestra fortuna que pusiese en contingencia su corona. Refiere más: que el nuevo rey de España, discurriendo largamente por el estado de las cosas del mundo, mandó armar y proveer las escuadras para correr los mares, «poniendo á los enemigos de ambas sectas en terror y asombro, sin que quedara corsario ni ladrón del Norte que



se atreviera á salir de sus puertos». Item, que despachó 50 galeones, y haciendo Capitán general de ellos á D. Martín de Padilla, Adelantado mayor de Castilla y Capitán general de las galeras de España, mandó fuera sobre Inglaterra en prosecución de las enemistades contraídas con el rey don Felipe II, su padre ¹.

Importa recordar la especie, en todas sus partes inexacta, á fin de prevenir el juicio contra las que relativamente á materias náuticas recogió el ayuda de cámara, entusiasta admirador del Duque de Lerma, por más que, á fuer de raras, hayan sido acogidas y transcritas por historiadores sucesivos. Vivanco, ó sea Novoa, no es siempre de fiar en las noticias de sucesos marítimos, ya porque las oyó desfiguradas, ó más racionalmente por escapársele, ajenas á su competencia.

En realidad instaban al Rey y á su valido, con los antecedentes políticos de Felipe II, el dictamen de los consejeros antiguos, conforme con el de capitanes y marineros acreditados, en que la rebelión de los Países Bajos tenía las raíces y la savia en Inglaterra. Solicitaban la piadosa intención real agentes activísimos de los católicos isleños, de los de Irlanda sobre todo, después que fracasaron las pláticas de paz tenidas en Boulogne (1600). Movíala luego el avance de Mauricio de Nassau al sitio de Nieuport, la rota del archiduque Alberto, el interés de conservar los contados fondeaderos que en Flandes quedaban por España, á la vez que la opinión la labraba con presupuestos optimistas de alzamiento general tan luego como los súbditos vejados de Isabel tuvieran armas y apoyo ².

Decidida con semejante presión nueva jornada, se pensó en encomendar el gobierno de las armas á D. Juan del Aguila, el caudillo de Bretaña, sacándole de la prisión en que estaba por haberse aprovechado de la hacienda del Rey más de lo

¹ Colección de documentos inéditos para la historia de España, t. LX, páginas 52 y 55.

² *Causas divinas y humanas que obligan á amparar á Irlanda*. Memoria del veedor Pedro López de Soto. Ms. Academia de la Historia. Colección Salazar, L. 24, fol. 61.



que fuera justo ¹, que en lo demás, hombre era para cualquiera empresa de atrevimiento. Los soldados se hicieron en Galicia, la armada en Ferrol y en Lisboa, ordenándola don Diego Brochero. Reconocieron la costa y puertos de Irlanda navíos ligeros en inteligencia con los Condes de Tyrone y O'Donnell, jefes del movimiento de insurrección en la isla, y estando á punto, salió la expedición á principios de Septiembre de 1601 con el primer cuerpo de ejército, cosa de 4.000 hombres. Las relaciones no consienten apreciar exactamente el número, escasas y deficientes como son. Sábese que don Juan del Aguila desembarcó en el puerto de Kinsale el 8 de Octubre y dió un manifiesto al pueblo explicando la causa de su llegada. El virrey inglés Lord Mountjoy acudió inmediatamente á estrecharle por tierra con 8 á 9.000 hombres, temiendo el alzamiento general del país, mientras por mar le bloqueaba Sir Richard Levison; pero aunque los más de los naturales fueran católicos y afectos á los españoles, pareciendo pequeño el ejército, se mantuvieron á la expectativa.

A poco llegaron á Baltimore los navíos que se habían separado en el primer viaje y arribaron á la Coruña, conduciendo al lugarteniente Alonso Docampo con el complemento de la fuerza, 2.000 hombres más. El Conde Tyrone se le unió con 4.000 de sus partidarios, formando el segundo grupo de consideración; sin embargo, los irlandeses, rehacios en acudir al llamamiento del General español, se hicieron también sordos á las proclamas de sus propios caudillos incitándoles á sacudir el yugo de la dependencia herética. Ni las remesas de armas, vestidos y municiones que fueron llevando las naves de Pedro de Zubiaur, ni el ejemplo de algunas compañías irlandesas organizadas en los Países Bajos les sacaron del retraimiento, haciéndose patente la falacia de sus ofertas.

Decidieron Docampo y Tyrone juntarse con las fuerzas de D. Juan, rompiendo el cerco de los ingleses, y pusieron en

¹ Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 70.



marcha con mala suerte: interceptadas las cartas en que comunicaban el plan, les salió al encuentro el Virrey, ocupando posiciones ventajosas. Cuando Tyrone vió al ejército sajón, abandonándole el ánimo, se metió en un pantano, huyendo su gente dispersa. Los españoles pelearon desesperadamente solos, abrumándoles el número. Doscientos murieron en el encuentro; Docampo cayó prisionero con varios oficiales; el resto retrocedió á encerrarse en Baltimore ¹.

El conocimiento del suceso y de la cobardía de los campesinos convenció á Aguila de que habían engañado á su Rey informándole de la posibilidad de separar á Irlanda de Inglaterra sin esfuerzo. Vió que nada debía esperar de los naturales, y que, por considerables que fueran los auxilios que la Hacienda de España consintiera, no podría luchar con los recursos de la Gran Bretaña. En esta persuasión, haciendo uso de su ascendiente, se espontaneó con Lord Mountjoy, ofreciendo la entrega de las plazas guarnecidas por su tropa si le facilitaba naves (toda vez que no estaban allí las españolas) para retirarse con los honores de la guerra, artillería, municiones y bagajes, y daba garantía de indemnidad para los vecinos de las plazas que le habían acogido. A esta proposición, razonada extensamente en todos sus motivos, añadía la declaración de defenderse hasta el extremo en caso de no ser aceptada.

Lord Mountjoy respetó la actitud del caudillo español y aceptó sin vacilar todas las condiciones ante la perspectiva de un sitio contra gente tan brava y determinada. Kinsale, Baltimore, con otros pueblos de menor importancia, fueron entregados, y en navíos ingleses embarcaron soldados y efectos ².

¹ Robert Watson (*The History of the reing of Philip the Third*. London, 1783) pone en la batalla 2.000 españoles y 4.000 irlandeses, que se desbandaron. Otros autores ingleses, por realzar el triunfo, quieren que fueran los españoles 4.000 y los suyos 6.000 veteranos. Se distingue Bacon (*A War with Spain*) por las consideraciones poco benévolas para los vencidos.

² Lingard consigna que los consejeros hicieron presente á la Reina era la política nueva de los españoles, calcada sobre la suya, el entretener el fuego de la rebelión en Irlanda, obligándola á distraer un ejército de 20.000 hombres, que costaba 300.000 libras anuales.



Así volvió la expedición á la Coruña en Abril de 1602, mermada en 600 hombres por enfermedades más que por heridas, á recibirlas de lenguas murmuradoras; descontentos acá muchos de que no se prolongara la resistencia dando tiempo con el pie en la tierra al envío de socorros, y tan apresuradamente, sin aviso ni consulta, se abandonara lo ganado; descontentos allá de quedar sin plazas los que se hacían la ilusión de transformar todavía á los infelices montaraces irlandeses ¹.

Precisamente ocurría la dejación á tiempo en que estaba concluído el nuevo asiento con Federico Spinola, considerados los brillantes servicios de su escuadra de galeras después de la batalla de las Dunas, picando la retaguardia del convoy de Maurício de Nassau, apretando el sitio de Ostende y aprehendiendo á la capitana de la flota de Rotterdam. Habíase obligado á levantar por su cuenta 4.000 infantes y 1.000 jinetes con artillería, municiones, vitualla, é ir personalmente á Inglaterra «para ganar uno, dos ó más puertos de aquel reino y los fortificar y defender y hacer pie en ellos, para desde allí proseguir y hacer la guerra y toda la ofensa y daño á la Reina y todos los herejes y rebeldes á la Santa Sede Apostólica, y recibir debajo la protección y amparo de Su Majestad á los fieles y católicos cristianos, y los favorecer y defender de la opresión y tiranía con que la dicha Reina y sus Ministros los tenían forzada y violentamente sujetos á seguir sus cismáticas y supersticiosas sectas», y venido á Madrid en Marzo de 1601, amplió la oferta á otros 5.000 infantes y 1.000 caballos, siempre que se le dieran ocho galeras más y se acometiera en este año la empresa ².

Retrasado en el despacho por las prácticas inveteradas de armamento, salió Spinola del Puerto de Santa Maria con las

¹ Don Juan de Aguilá, mal visto desde entonces, se retiró á Barraco, pueblo de su naturaleza, en la provincia de Ávila, donde murió.

² D. Antonio Rodríguez Villa, *Ambrosio Spinola. Discurso leído ante la Real Academia de la Historia en su recepción pública*. Madrid, 1893.—*Lo que se ha tratado con Federico Spinola y el estado en que está la ejecución de ello*. Archivo de Simancas, Estado, leg. 621. Copia en poder del mismo Sr. Rodríguez Villa, fecha á 21 de Febrero de 1602.



ocho galeras conduciendo al tercio de infantería del maestre de campo D. Juan de Meneses. Al paso de la costa de Portugal tropezó con siete navíos de la Armada inglesa de Sir William Monson, en ocasión en que atacaban á un galeón de la India Oriental fondeado en Secimbra, cerca de Lisboa, por venir averiado, con falta de 400 personas muertas en viaje larguísimo. Trató de defenderlo Federico ayudando á tres galeras más del Marqués de Santa Cruz, sin poder hacer cara á la fuerza superior enemiga, que contaba 60 naves grandes y pequeñas; y no sólo se apoderó del galeón, sino de otras dos naos del Brasil con carga de azúcar, tras lo cual hizo desembarco en el Algarve merodeando. Solamente un patache cayó en manos de los españoles por tenue compensación de dos galeras perdidas. Siguió la travesía Spínola desde Lisboa con seis, tocando en la Coruña, Ferrol y Santander con harta lentitud, debida al embarque de soldados para completar el tercio. Era entrado el mes de Octubre al embocar el canal de la Mancha, donde le esperaba escuadra anglo-holandesa ¹ que le cañoneó, teniendo, sobre la ventaja del número, la de la mar gruesa, nociva á la estabilidad de las galeras. Las nombradas *Lucero* y *San Felipe* fueron sumergidas con la mayor parte de la gente; la *Padilla*, que se refugió en Calés, habiendo pedido la seguridad de asilo, sufrió detención por malquerencia de las autoridades francesas, resueltas á dar libertad á los remeros forzados. Consiguió entrar en Dunquerque la capitana *San Luis*, y en Nieuport dos más, que á poco espacio, en noches de calma, alcanzaron la estación de las antiguas en la Esclusa.

Entretanto había llegado por tierra á Flandes Ambrosio Spínola, hermano de Federico, capitaneando los dos tercios escogidos que se obligó á levantar por el asiento, y presentó al Archiduque cédula real encargando le dejara «pasar libremente con los 9.000 italianos que lleva á su cargo, donde quisiera, sin detenerle una hora, pues donde irá las tendrá

¹ De 80 naves, en relación sin duda errónea ó exagerada. *Colección Navarrete*, tomo v, núm. 12.



muy cerca V. A. y dará tanto cuidado á los enemigos que será de mayor efecto que tenerlos V. A. consigo; y sobre esta gente va fundado el designio que lleva; y si los detuviese V. A., le desharía, dejando de gozar de la mayor ocasión que se pueda ofrecer y dádola á mayores daños»¹.

Detúvolo con todo alegando la situación apurada del sitio de Ostende, y el Rey aprobó el paréntesis por el momento; pero á fines del año, descubriendo el secreto al Archiduque con el fin de que proveyese á los Spínolas de tren completo de artillería, bagajes y municiones, auxiliándoles para completar con levas un cuerpo de 20.000 infantes y 2.000 caballos, reiteró las órdenes precisas de expedición á Inglaterra en ayuda de los católicos de aquel reino².

Como esta operación de la leva que iba á hacerse en Alemania es de suyo pesada, trató de utilizar el tiempo Federico saliendo de la Esclusa el 24 de Mayo de 1603 con las ocho galeras, en que embarcó por refuerzo 1.130 hombres de infantería española³, haciendo rumbo á la isla de Walcherem, y al encuentro del almirante de Zelanda, Justo le More, que por allí andaba con dos galeras nuevas, tres naves gruesas y otras menores. La calma reinante le consintió abordar á la capitana enemiga con mucha ventaja, tanto que la tuvo casi rendida, y la tomara á no entrar brisa del mar, con la que acudieron los navíos á batirla por ambas bandas muy cerca. Una bala le llevó la mano derecha, y con la propia mano, la guarnición y trozos de la espada le deshizo completamente el rostro; otro proyectil le dió en el estómago; vivió, no obstante, cerca de una hora. La galera logró desasirse, reuniéndose con las compañeras, y todas volvieron á la Esclusa llevando 414

¹ Carta del Rey al Archiduque Alberto, San Lorenzo 11 de Junio de 1602. Archivo de Simancas, Estado, leg. 2.224, sacada á luz por el Sr. Rodríguez Villa, discurso citado, pág. 19.

² El mismo *Discurso*.

³ Eran *Capitana*, capitán Aurelio Spínola; *Patrona*, capitán D. Cristóbal de Valenzuela; *Española*, Pedro Ordóñez, natural de Tordesillas; *Fama*, Juan Martínez de Gendola, de Bilbao; *Ventura*, Bartolomé Ripoll, de Valencia; *San Juan*, Hernando de Vargas, de Marbella; *Santa Margarita*, Losa de la Rocha, de Badajoz; *Doncella*, Cristóbal de Monguía, de Valladolid.



muertos y muchos heridos. Los holandeses perdieron 720 hombres y un bajel á fondo, baja no corta; pero centuplicada no diera satisfacción al campo español, entristecido con la falta de su bizarro y simpático general de mar.

Quizá sin ella, de cualquier manera se hubiera desistido de la jornada de Inglaterra, entorpecida y dilatada de día en día por el Archiduque, á cuyas miras no cuadraba la merma del ejército. Habiendo fallecido por entonces la perpetua enemiga del catolicismo, la reina Isabel, y sucedido Jacobo I, evidentemente amigo de temperamentos conciliadores, lo natural fuera dejarse de aventuras; la opinión, sin embargo, señaló por causa primordial de olvido en la proyectada á la ausencia de Federico Spinola, su iniciador y estimulante, «que murió valerosamente hecho pedazos de un tiro de artillería, con que cesó la ejecución de una grande empresa del bien común de la cristiandad que se le había encomendado»¹.

Pérdida fué considerable, y que la sintió, como era razón, toda la tropa de Flandes, malográndose las esperanzas que de sus altos pensamientos y ardiente espíritu de guerrear se prometieron los más atentos á sus acciones. Pérdida que llevó tras sí la de la escuadra de galeras al rendirse la plaza de la Esclusa; mas porque no hay mal de que no resulte algún provecho, la milicia ganó en Ambrosio Spínola, disgustado de las naves, un capitán terrestre grande entre los de su siglo; el que había de rendir á Ostende tras el sitio memorable de tres años, en que se acabaron de una y otra parte más de 100.000 hombres².

¹ Declaración hecha en el título de Marqués de los Balbases, concedido á Ambrosio Spínola. Rodríguez Villa, *Discurso* citado, páginas 21 y 89.

² Del combate y muerte de Federico Spínola tratan extensamente los historiadores de las guerras de Flandes; hay relación particular inédita en la *Colección Navarrete*, t. v, núm. 12, y referencias curiosas en Van Loon, *Histoire métallique des Provinces des Pays-Bas*, y en Olivieri, *Monete e medaglie degli Spinola*. Don Francisco de Quevedo le dedicó elegante epitafio aludiendø á la singular herida que recibió:

Blandamente descansan, caminante,
Debajo de estos mármoles helados,
Los huesos, en ceniza desatados,
Del Marte genovés siempre triunfante.



Medalla conmemorativa del tercer centenario de D. Álvaro de Bazán.





Hasta el último día de la Tudor enérgica, no tuvieron punto de reposo sus navíos en acechar á los vinientes del Perú, Nueva España, Brasil y Calcuta, con escuadras crecidas. Brochero y Zubiaur una vez más las alejaron, apresando á ocho corsarios de los escoteros ¹. Al fin cesaron estos cuidados, abiertas negociaciones de paz, para las que fué á Londres el Condestable de Castilla, D. Juan Fernández de Velasco, en la escuadra de Dunquerque con solemne embajada de caballeros representantes de los Archiduques.

Una dificultad grave se ofreció á las negociaciones; los plenipotenciarios españoles pretendían que las naves inglesas dejaran de navegar á las Indias reconociendo el derecho exclusivo que á ellas tenían los reyes de Castilla, punto discutido por los otros, alegando que de cuarenta años atrás tenían morada en las tierras del Labrador y en otras del Nuevo Mundo ². La cuestión presentó desde un principio aspecto suficientemente intrincado para resolverla, faltando muy poco para que, lo mismo que en Boulogne, quedara en pie rompiéndose las pláticas. Llegóse á transacción cediendo, naturalmente, una de las partes, que fué la de España, con el subterfugio de que en el tratado no se hiciera mención de tales Indias ³, estipulando solamente la renuncia de liga ó confederación en perjuicio de los contratantes; libre comercio entre los súbditos de ambas Coronas, con más cláusulas dedicadas á las relaciones en los Países Bajos ⁴.

No los pises, no pases adelante,
Que es profanar despojos respetados,
Cuando no de la muerte, de los hados,
Que obligan á la fama que los cante.
El rayo artificioso de la guerra,
Emula de virtud la diestra airada,
En esta piedra á Federico encierra;
Que la muerte en el plomo disfrazada,
No se la pudo dar, en mar ni en tierra,
Sin favor de su mano y de su espada.

¹ Monson y Lewson, escribe Barrow, fueron el año 1602 á la espera de las flotas, pero al verlas no se consideraron con fuerza suficiente para el ataque. La escolta era respetable.

² Consulta dirigida al Rey por D. Juan de Velasco.—(Academia de la Historia, Colección Salazar, K. 9, fol. 372.)

³ Watson, *The History of the reign of Philip the Third*, citada.

⁴ Gil González Davila.—Rymer, *Foedera*.—*Traslado y relación de lo sucedido en la*



Porque en adelante no habría de pensarse más que en acabar la guerra de aquellas provincias pareció oportuna la reorganización en los medios de ofensa y defensa, llamando á la Corte y al Consejo de guerra á D. Diego Brochero, autor de una Memoria ó discurso dirigido al Rey en que daba

celebración de las paces entre el rey católico de España, D. Felipe III, y el Srmo. Jacobo, rey de Escocia è Inglaterra, por medio de Juan Fernández de Velasco, condestable de Castilla. Impresa en Amberes, año de 1603.

Dicese en ésta que asistió desde Dunquerque el almirante Guillermo Monzón con cuatro galeones y otros bajeles de menos porte. En devolución de la embajada trajo á España otra extraordinaria el Almirante de Inglaterra. Otra relación, impresa en Valladolid por Juan Godinez de Millis, refiere los siguientes pormenores:

«Á 17 de Abril llegaron al puerto de la Coruña cuatro navíos, que en las banderas que traían se conocieron ser ingleses, los cuales, antes de dar fondo, hicieron salva, y se les respondió muy bien del castillo y de la ciudad; salieron á tierra ocho ó diez caballeros, que dijeron ser del Almirante de Inglaterra, que llegaría presto.....

»Lunes 26 de Abril, por la tarde, entró en el puerto el Almirante de Inglaterra, con cuatro buenos galeones y un patage, y su capitana y almiranta desbarolaron sus estandartes al de las armas Reales de Castilla y de León, que estaba en el castillo de San Antón, y la ciudad y el fuerte de Santa Cruz le hicieron salvas, y la capitana y demás navíos ingleses respondieron con toda su artillería, y el Conde de Caracena, en una falúa bien adornada y equipada, fué á visitar al Almirante, y el Almirante se salió á recibir á la escala del navío, y porque era tarde no desembarcó, quedando acordado que el otro día lo haría, y á la despedida del Conde, todos los navíos hicieron salva, y aquella noche le envió un gran salmón y otros pescados, muchos empanados, pavos, perdices, frutas, confituras, pan fresco y vino regalado.

»Otro día fueron D. Juan Pacheco y D. Luis Carrillo, hijo del Conde, á la capitana por el Almirante, y en la puente (muelle provisional), que estaba con muchas banderolas de diversos colores, le recibió el Conde de Caracena con el Audiencia, capitanes y entretenidos. Y al desembarcar, fueron grandes las salvas de la ciudad, del castillo y fuerte, y de la armada, y de la gente de guerra que estaba en la muralla. Llegado á la puente, pasaron grandes cortesías entre el Almirante y el Conde..... Encamináronse á la casa del Conde con mucha música de menestres, que con el ruido de las cajas y trompeta parecía bien, yendo muy galanes todos los caballeros ingleses, y en la plaza estaba hecho un escuadrón de infantería, que en abatiendo las banderas diestramente, se abrió é hizo calle para que pasase el acompañamiento, y luego hizo su salva de mosquetería y arcabuceria. Aposentado el Almirante en casa del Conde de Caracena, á la noche fué el Sargento mayor á pedirle el nombre, y aunque hubo réplicas, le hubo de dar el Almirante, y la cena fué muy regalada y cumplida, con músicas de flautas y bihuelas de arco y otras, y cada día fué así, en la cual hubo pasados de setenta caballeros, y dijo el Almirante que vinieron tantos por la comida del pasaje, y que los ingleses son naturalmente tan amigos de ver, que si se detuviera se despoblara Inglaterra; y después hubo otras dos mesas de toda la gente del Almirante, porque este gasto se hacía por



á conocer ser entendido en disciplinas tanto como en las prácticas probadas de sus campañas, por el estudio y consideración del estado de la marina de guerra, que desarrollaba el paralelo con las de otras naciones, la designación de bueno y malo en cada una y la manera de regenerar la propia acudiendo al remedio de las dolencias que, una vez diagnosticadas, pueden ponerse en el camino de la cura ¹. Se procuró ante todo prevenir la susceptibilidad del influyente Duque de Medina-Sidonia consultándole los puntos más graves; aquellos en que hacía hincapié Brochero denunciando el mal tratamiento, inconsideración y menosprecio del marinero entre las causas de los malos sucesos; el defectuoso armamento de los bajeles, «no habiendo quien los supiera manejar ni escuela donde aprenderlo»; *los hurtos*, llamando por su verdadero nombre á los enjuagues de bastimentos, jarcias y municiones, entre tantas corruptelas practicadas á la capa del atraso constante de pagas.

Cédulas no se economizaron, haciendo cambio de personas como de procedimientos. A D. Francisco Coloma, general de los galeones de la carrera de Indias, difunto ², sustituyó D. Luis de Córdoba, hermano del Marqués de Ayamonte; á D. Luis Fajardo se encargó la escuadra dejada por Brochero; á D. Alonso de Bazán, injustamente arrinconado

orden de S. M. El día siguiente, el Almirante pidió licencia para poner á la puerta de su aposento un escudo de sus armas, y graciosamente lo tuvo por bien, debajo de las cuales había el letrero siguiente: «El Ilmo. Sr. D. Carlos Hovard, Conde de Hotingham, Barón Huibrard Delfinghan, gran Almirante de Ingalaterra, Irlanda, Normandía, Gascuña y Aquitania, Capitán general de todos los castillos y fortalezas marítimas, y de las armadas de los dichos reinos, Justicia mayor de las florestas, cotos y parques de Inglaterra, Gobernador de las provincias de Sussex, y su Rey, Caballero de la Jarretera y del Consejo Supremo, Embajador del rey de la Gran Bretaña é Irlanda, defensor de la fe, á la Magestad de D. Felipe III, rey de las Españas. Año de 1605.....»

Hizo desde Santander viaje á Valladolid, llevando 600 criados; la relación sigue describiendo su persona, trajes, recibimiento, grandes fiestas, etc.

¹ Consérvase copia de este importante documento en la Dirección de Hidrografía, *Colección Vargas Ponce*, leg. XI, núm. 6.—Don Javier de Salas publicó en extracto lo esencial, elogiándolo, en su *Marina española. Discurso histórico*. Madrid, 1865, páginas 38 y 47.

² Murió á principios de 1601.



de tiempo atrás, nombróse Capitán general de la del mar Océano, que era la superior y preferente en insignia y categoría; se puso en la presidencia de la Casa de la Contratación á D. Bernardino Delgadillo de Avellaneda, robusteciendo su autoridad con la de Asistente de Sevilla. A poco, finado Bazán (1604), se dió su puesto á Fajardo, y á todos ellos órdenes estimulando al celo, recomendándoles la inspección de naves, flotas y puertos.

Por otro lado, á la vez que al Duque de Medina-Sidonia se encargaba, como lo hizo en los últimos tiempos Felipe II, la guarda del estrecho de Gibraltar, que por doble concepto le correspondía, corrieron provisiones encaminadas á la organización de tres escuadras permanentes con carácter regional de guardacostas y nombres de Vizcaya, Portugal y Andalucía, para que, en caso de necesidad, se unieran á la del Océano, componiendo cifra de 100 galeones y los pataches correspondientes.

Excelente intención, por más que fuera irrealizable sin mudar radicalmente el sistema de embargos, invernadas, levas forzosas, desconcierto y trabas administrativas. Brochero no había dicho en su discurso que bastara la designación de generales, por aptos que se conceptuaran, para formar armada permanente; indicaba la necesidad de corregir de arriba abajo y de abajo arriba prácticas desacreditadas por la experimentación; mostraba el resultado de las ejemplares, encareciendo la conveniencia de tener en la memoria y estudiar con madurez las de cualquier pueblo marineró: de ingleses, turcos, venecianos, holandeses; de los antiguos ó recientes, prósperos ó rebajados. Frescas había noticias oportunas, historiando el asombroso desarrollo de la navegación é industria en el que afrontaba por el Norte al soberano de los dos mundos, asentada la paz con Inglaterra.

Los rebeldes contaban en 1605 con ingreso de 38 millones de florines por la mar ¹: su estadística apuntaba empleadas en

¹ *Discurso, avisos y advertencias tocantes á la navegación y pesquerías de Flandes, año 1605. Academia de la Historia. Colección Salazar, B. 4, fol. 253.*



la pesca 5.800 barcas con 57.300 hombres; en el comercio, 8.800 navíos tripulados por otros 75.300; construían anualmente sobre 3.000 vasos, dando ocupación á 18.000 operarios de oficio vario, y sumaban para la percepción de derechos 22.300 navíos y 240.800 marineros. Para la guarda y convoy sólo tenían 80 naves de guerra permanentemente armadas con promedio de 20 cañones cada una; pero estaban bien organizadas, inteligentemente distribuidas en crucero, con buenos ó malos tiempos, vigilando los estrechos y ensanchando los mercados ya extendidos por el Mediterráneo, por Moscovia, Noruega, Berbería, Guinea, y ensayados en las Indias. Aun á los puertos de España venían mercantes, no obstante la prohibición y la guerra, valiéndose de bandera y pasaportes de Dinamarca y de Alemania, legítimos ó falsificados.

Contra estos enemigos daba muy buen ejemplo la escuadra real, estacionada en el puerto de Dunquerque. Se componía ordinariamente de cuatro navíos de mediano porte nada más, pero les prestaban apoyo muchos corsarios de particulares, apostados en la estrechura del paso de Calés. Almirante, capitanes, pilotos, marineros, todos los tripulantes eran del país, conociendo, lo mismo que la lengua, las costumbres y las necesidades; vestían ellos sin diferencia, y ninguna hacían los navíos en casco y velas, pareciendo uno de tantos entre los zelandeses y holandeses, por lo que, sin llamar la atención, entraban ó salían de los canales dando golpes tan ciertos como inesperados. Así eran aborrecidos y hechos pedazos sin conmiseración los presos, y así, por lo mismo, peleaban hasta morir antes que rendirse. Fué por todo ello medida política plausible la de favorecerles adoptando, entre las providencias reformistas, la de creación del almirantazgo de Flandes, consignando en la cédula ¹ tenía por objeto facilitar al comercio de las provincias obedientes con las de la Península, y apresar, tomar y confiscar las embarcaciones, mercaderías y efectos de los países rebeldes y enemigos.

Había de ser regido el Almirantazgo por siete personas, se-

¹ Fecha á 4 de Octubre de 1604.



gún las ordenanzas que tuviera por conveniente redactar, una vez aprobadas, sobre las bases de jurisdicción civil y criminal cual la ejercía la Casa de la Contratación de Sevilla; privilegios de antelación y exenciones en la carga y despacho de naves; obligación de sostener de ordinario á su costa 24 navíos de porte total de 6 á 7.000 toneladas, armados en guerra; facultad de proponer en terna á personas naturales de Flandes para el nombramiento real de almirantes y vicealmirantes; de utilizar marineros de cualquier nación, «aunque fuera de las provincias rebeldes, siendo católicos»; juicio y distribución de las presas, recompensas por años de servicio, etc. ¹

Pronto se ofreció motivo á los de Dunquerque para servir á la Corona por destino á su puerto del tercio de Pedro Sarmiento, fuerte de 2.400 soldados viejos. Salió de Lisboa Pedro de Zubiaur el 24 de Mayo de 1605, conduciéndolos en ocho naves gruesas y dos fragatas, y en el canal de la Mancha le cortaron el camino no menos de 80 bajeles del almirante holandés Hautain. La escuadra de Dunquerque se puso á la vela acudiendo á los nuestros, aun con el refuerzo, empeñados en combate muy desigual. Zubiaur, con su capitana y otra nave, sufrió el embate de 18 enemigas hasta morir con la bizarría que siempre le distinguió; perdiéronse dos navíos, seis capitanes y 400 soldados. Los demás viéronse obligados á entrar en Dover, donde la artillería inglesa los protegió. La mayor desgracia pesó sobre la provincia de Guipúzcoa, castigada además poco antes con el incendio y pérdida total de 11 naos en el puerto de Pasajes, por la imprudencia de calentar á bordo de una el caldero de brea ².

¹ *Documentos relativos á la creación del Almirantazgo*. Manuscritos, Biblioteca particular de S. M. el Rey. *Colección Miscelánea*, t. xxv, fol. 1.—Dirección de Hidrografía. *Colección Zalvide*, art. 1.º, núm. 2.

² Son escasas las referencias del combate del canal y muerte del valiente general guipuzcoano. Cabrera de Córdoba compone su escuadra de seis naos; los documentos de la *Colección Vargas Ponce* (leg. xv), de ocho y dos fragatas; los de Flandes indican que salieron cuatro de Dunquerque y se encontraron ser en todo 12 contra 80. (Academia de la Historia. *Colección Salazar*, B. 4, fol. 253.) Le Clerc, en su *Historia holandesa*, consigna se componía la armada de Zubiaur de buques embargados de todas las naciones; que uno de Hamburgo embarrancó en la costa; otro escocés lo hizo á la boca de Dover; dos se apresaron, y el resto se refugió en



Acabada la función vino la escuadra holandesa de Hautain á tomar los puestos antiguos de los cruceros ingleses en las islas Azores y en la costa de Portugal, desde Lisboa al cabo de San Vicente, sin encontrar obstáculos. Faltaba al Gobierno de D. Felipe dinero, que es como decir que le faltaba todo, para formar las escuadras proyectadas, y no es mucho si se considera el extremo á que llegaba la penuria después de cesar muchas de las grandes atenciones que la nación había de cubrir ¹. Con el bloqueo quedó interrumpido el comercio; no pudieron despacharse las carracas de la India oriental ni las flotas de la Casa de la Contratación; las flotas de Nueva España y de Tierra Firme, objeto de todas las conversaciones y de incontables comentarios, de incertidumbres, de esperanzas, de alegrías, como que traían á la vuelta de ordinario, sin los géneros valiosos, millones de pesos en barras, bien venidos siempre, aunque de antes estaban descontados y consumidos. Cuesta trabajo descender á pormenores, temiendo parezcan hiperbólicos no llevando aparejados testimonios como el del escritor citado.

«Los enemigos, decía ², están desde Lisboa al Algarve con más de 70 navíos de armada, esperando á los galeones de la plata, y hay tan poca resistencia que podrían saquear la costa si quisiesen.....; hacen notable daño á los que vienen á aquel puerto, y afirman que importan más de millón y medio las rapiñas que han hecho.»

Naturalmente, interceptaban toda embarcación de travesía ó cabotaje, como sucedió á las de Juanes Amezqueta, tres bien armadas, con que se arriesgó á navegar desde Pasajes á Cádiz y á combatir en su camino. Dos de ellas se vieron obli-

el puerto. Sábese que uno de los apresados fué el *San Juan*, de Dunquerque, teniendo 100 muertos, y que los holandeses, según costumbre, arrojaron al agua á los heridos y á los vivos. No ofrecen mayor claridad las noticias recogidas en la *Historia Pontifical*, t. v, lib. 1, cap. 11; en el *Historial de Guipúzcoa*, de López de Isasti, y en la *Historia de Irún*, de Gainza.

¹ «Su Majestad, escribía Cabrera de Córdoba, no tiene de presente con qué pagar los gajes de sus criados, ni se les da ración, ni aun para el servicio de su mesa hay con qué proveerse, sino trayéndolo fiado, lo cual nunca se ha visto antes de agora en la casa real.»

² *Relaciones*, páginas 276 á 279.



gadas á embarrancar en la costa; la tercera pudo entrar en Peniche, teniendo cinco muertos, veinticinco heridos y mucha avería ¹.

El 16 de Junio de 1606 desembocó el Tajo D. Luis Fajardo, habiendo conseguido, con todo género de esfuerzos, alistar 20 galeones ó naos de las que se hallaban en el río y salir en busca de las enemigas. Tardó poco en descubrirlas, y no más en romper el fuego de cañón, generalizando el combate, corto en el tiempo y afortunado en el éxito; voló á la almiranta holandesa, apresó dos navíos y persiguió á los otros, echándolos de aquellos mares. Por los datos de nuestra gente alcanzó esta victoria Fajardo teniendo cuatro navíos menos; por los de la contraria, al empezar la función sobre el cabo de San Vicente, se habían separado del almirante Hautain seis de los suyos mejores, y no tenía consigo más que 13 y un bergantín. La partida le pareció desigual, y trató de ponerse á barlovento sin conseguirlo.

Hermosean la muerte del vicealmirante Reniero Classen, asegurando haber incendiado la santabárbara por no rendirse á los españoles, y censuran la conducta de otros capitanes. Désele razón á quien la tenga; de cualquier modo es evidente que la escuadra formada á trompicones, con gente bisoña, acabada de salir del puerto, derrotó y lanzó á su país á la de marineros veteranos amaestrados en dos años de crucero, resultado muy honroso, para Fajardo especialmente.

El Duque de Medina-Sidonia se envanecía de haber pasado por tantos, si no más apuros, que el general de la Armada del Océano, para poner á la vela 10 galeones ó naves que constituían la del Estrecho, al mando de Juan Alvarez de Avilés ²,

¹ La resistencia de estas naves comerciantes alabó López de Isasti en su *Historial*, y Vargas Ponce en los documentos, conservando los nombres de los capitanes Joanes de Amezqueta, Vicente de la Torre y San Juan de Portu. Anota Le Clerc que los cruceros recibían útiles avisos de las naves inglesas neutrales; que echaban al agua á los prisioneros españoles y dejaban con vida á los moros.

² Natural de Avilés, buen marinero; nómbrenle algunos historiadores nuestros, de Ávila y Dávila; los holandeses Davilla. Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, *Colección Navarrete*, t. XXXI, y *Documentos inéditos para la historia de España*, t. LXXXI.



y empezaron á cruzar en Marzo de 1607, si no como se deseaba por la rotura de masteleros con Levante duro, no con mala suerte, habiendo capturado ó destruido 14 navios holandeses del comercio, batiendo á los de escolta. Habíanse entrado en Gibraltar con parte de las presas de ciertos navios alemanes de Emden, detenidos por sospecha en la legitimidad de los documentos, cuando recibió Alvarez despachos del Duque avisando haber pasado por el cabo de San Vicente 34 naves de Holanda, las 26 gruesas, las cuatro transportes. De orden del Rey le mandaba amarrar los galeones lo más cerca de tierra que consintiera el calado, disponiendo la defensa de manera que la reforzaran los cañones de la plaza.

Reunido el consejo de guerra de la escuadra, opinó el almirante Tomás Guerrero de la Fuente, malagueño, y con él varios capitanes, que era arriesgada la disposición, porque, en el caso de abordar, los baluartes harían tanto daño á los amigos como á los enemigos. Preferían correr la suerte del combate en la mar, contando con la probabilidad de la retirada y dispersion en caso adverso, en lo que no parece anduvieron acertados; el almirante Vilamarí primeramente, y luego Andrea Doria, habían enseñado durante las guerras de Italia hasta qué punto una armada con baterías en tierra, utilizando los recursos marineros para impedir el acceso directo del enemigo, puede resistir y rechazar á fuerzas incomparablemente superiores. De cualquier manera, siendo terminantes las prevenciones de esperar al ancla, las cumplieron, formando una primera línea con los cinco galeones mayores, y acoderando los otros cinco detrás, en la misma disposición adoptada en Cádiz el año 1596, cuando los ingleses forzaron al puerto. Idéntico fué el resultado.

Entraron los holandeses por la bahía la tarde del 25 de Abril, navegando en popa con brisa del Oeste y sin disparar pieza ni vacilar en los movimientos, como de antemano decididos, fuéronse derechos á la línea exterior, abordando á nuestra capitana cuatro, otros tantos á la almiranta; igual número al galeón *Madre de Dios*, tres á cada uno de los



nombrados *Portuguesa* y *Campechana*, haciendo poco caso de los de segunda línea, observados por la reserva, que quedó á distancia, y á su tiempo les fué de gran auxilio.

A la vez rompieron el fuego de artillería y mosquetería ambas escuadras estando aferradas, y, como se había supuesto, nada pudieron hacer los castillos, siendo la gente de la plaza espectadora del volcán, que cosa así parecía el grupo envuelto en llamas y humo denso.

La acción en semejantes condiciones debía de ser mortífera y breve, aunque no viniera la noche á concluirla. En las capitanas pasó la gente varias veces de una á otra cubierta, oscilando las acometidas á pesar de la fuerza cuádruple del holandés, refrescada con la reserva. Cuando los enemigos tomaron el estandarte real después de anochecer, habían muerto el General, el Gobernador de la infantería Diego de Aguilar y Castro, el sargento mayor Pedro Alvarez de Herrera. y todos los oficiales.

En la almiranta, cuantas veces asaltaron los cuatro navíos que la tenían aferrada, fueron rechazados; visto lo cual arrojaron sobre ella artificios de fuego con que se abrasó, pereciendo Guerrero con su valiente tripulación; sólo 11 soldados se salvaron nadando. Quemáronse los otros tres galeones grandes del mismo modo; los de la segunda línea evitaron las llamas picando las amarras y varando en el muelle sin que los holandeses se determinaran á seguirlos allí por la arcabucería con que desde tierra los amparaban; ni aun á la capitana vencida se llevaron, porque varó también. Apartáronse para fondear fuera del tiro de cañón.

Al día siguiente pusieron los nuestros fuego á la capitana y á las cinco presas que había en el puerto porque no las recobrarán los enemigos, que lo procuraron enviando las embarcaciones menores arrojadamente, tanto que uno de sus pataches fué rendido cerca del muelle.

Tras el intento, habiendo reparado los desperfectos de la arboladura, dieron la vela hacia la costa de Berbería, no sin echar antes al agua á los prisioneros, atadas las manos; jellos, que tachaban de crueles á los españoles!



El Rey mandó al Duque de Medina-Sidonia abrir información, de que resultó haberse conducido en la pelea todos como debían. Eran diez, según va dicho, los navíos de la escuadra, el mayor, capitana, de 400 toneladas; tenían 800 hombres de mar y 1.000 de guerra, de cuyo total desaparecieron 350, muertos, ahogados ó prisioneros, y en el hospital se recogieron 110 heridos. Los cuerpos destrozados del general Juan Alvarez de Avilés y del gobernador Diego de Aguilar recibieron sepultura en el monasterio de San Francisco; de los otros, casi carbonizados, no pudieron identificarse más que los de los capitanes Terrero, Granillo y Gutiérrez de Sandoval, pariente del Duque de Lerma. Por último, pusiéronse á flote cinco de las naves y se sacó la artillería de las incendiadas.

La composición de la armada holandesa no es conocida; sus historiadores no cuentan más de 26 navíos, haciendo caso omiso de los menores y de los transportes con víveres y almacén, que elevaban la suma á los 34 vistos. Murió el general Jaques de Heemskerck de bala de cañón y se calcularon á bulto las demás bajas, con aviso de que habían enterrado unos 200 cuerpos en Tetuán. En último término: el almirante Pedro Vander Hoef, que se hizo cargo de la escuadra, quedó por dueño de los mares de España ¹.

¹ No faltan relaciones particulares del combate de Gibraltar, aparte de la correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, antes citada. Se conservan cartas del corregidor de la plaza y del cura de la iglesia mayor, entre varias de la *Colección Navarrete*, t. XII, núm. 3; de la de *Jesuitas* de la Academia de la Historia, t. CXXXII, número 19, y la de *Salazar*, N. 14. Cabrera de Córdoba insertó algunas en sus *Relaciones*, páginas 301, 304; mas D. Luis García Martín, en su estudio histórico de Gibraltar, publicado en la *Revista científico militar*, t. VI, Barcelona, 1883. Los escritores de Holanda reconocen haber sido realmente feroz el tratamiento de los prisioneros, excusándolo en el concepto de que la ferocidad ha producido grandes acciones en la mar, y las de españoles y holandeses, que por entonces no daban cuarte!, hubieran causado admiración aun á los romanos. Por dicha, dejó oírse la voz de la humanidad al tratar de la suspensión de armas este año de 1607, y por ello, tomando la iniciativa Vander Hoef, se canjeó á Juan Alvarez, capitán de la capitana, hijo del general, con algunos otros prisioneros, por los que estaban en la plaza de Gibraltar. El cadáver de Heemskerck fué llevado á Holanda en una pinaza y enterrado honrosamente en Amsterdam. Sus compatriotas, muy dados á la conmemoración artística, acuñaron medallas representando el combate y poniendo en el reverso una nave desarbolada con lema *Servat vigilantia concors*. Otra leyenda latina explicaba que «por la voluntad de Dios, grande y bueno, bajo los auspicios



Culpaba el vulgo del mal suceso al Duque de Medina-Sidonia, porque ya se sabe cuán distinto era el juicio que merecía á la opinión pública ¹ del formado en la corte; mas desde ésta se le repetían los elogios, y no sabiendo qué determinar, temiendo mayores males, encargábasele con encarecimiento hiciese cuanto le pareciera para crear otra escuadra y defender la costa, deteniendo la salida de las flotas, acudiendo al concurso de las ciudades; en una palabra, se le erigía en árbitro de la marina, «encomendándolo todo á su celo, prudencia y experiencia». Y en esto Vander Hoef,

«El holandés pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas» ²,

íbese á ver si la atrapaba por las islas Azores, seguro de no dejar cuidados á la espalda.

de los ilustres Estados generales de l. s Provincias Unidas de los Países Bajos, el héroe Jacobo de Heemskerk, en el estrecho de las columnas de Hércules, á vista de la ciudad de Gibraltar venció, quemó y destruyó completamente los navios españoles *que hasta entonces se creyeron invencibles*, sin haber perdido más que muy pocos hombres, que murieron gloriosamente con él en 25 de Abril de 1607».

Más que los directamente interesados exageraron las circunstancias y las consecuencias de la función oficiosos corresponsales extranjeros avecindados en España, entre ellos uno francés anunciando haber entrado Heemskerk en Cádiz (después de muerto) y haber colgado de las antenas á los agentes de la Inquisición. Su curiosa misiva se titula: *Discours de la rencontre de deux armées navales d'Espagne et de Hollande, et des succès de leur combat, fait au destroict de Gibraltar le 7 May 1607* (sic), á Paris, chez Jeremie Perier. Pero en el particular nada iguala al desenfado de nuestro historiador Matias de Novoa, mencionado al principio de este capítulo, que escribía (*Documentos inéditos para la historia de España*, t. LX, pág. 363): «Procedíase con tibieza en los Estados, si bien los holandeses, por no dejar de seguir el curso de robar en el Océano, enviaron algunos bajcles de guerra á molestar las costas de España, que en número de 32, y desbaratados, arrojó á las costas de África, con sólo 10 navios, el almirante D. Juan Alvarez *de Avila*, soldado de envejecida experiencia y militar consejo.» ¡Qué sandez!

En el Museo de Pinturas de Amsterdam se colocó un lienzo de H. C. Vroom representando el combate de Gibraltar y muerte del almirante Heemskerk.

¹ *La Armada Invencible*, t. I. Ahora, recordando el modo con que trataba á los que estaban á sus órdenes, se fijaban en la frase *de ser tenido por traidor* escrita en el mandato al general Álvarez de Avilés para amarrar la escuadra en Gibraltar, como se hizo.

² Lope de Vega, *La Gatomaquia*.